

# **De Cartagena a Miami. Políticas multiculturales e integración por el mercado**

García-Canclini, Néstor

---

**Néstor García Canclini:** Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Ponencia presentada al Foro «Visión Iberoamericana 2000», Cartagena de Indias, Colombia, 16-18 de marzo de 1994.

---

*Los dilemas de la pluriculturalidad no se reducen en este fin de siglo a los conflictos multiétnicos, ni a la convivencia de regiones diversas dentro de cada nación. Las formas de pensamiento y de vida construidas en relación con territorios locales o nacionales son sólo una parte del desarrollo cultural. Por primera vez en la historia la mayoría de los bienes y mensajes que se reciben en cada nación no se han producido en su propio territorio, no surgen de relaciones peculiares de producción, ni llevan en ellos, por lo tanto, signos que los vinculen exclusivamente con regiones delimitadas. Proceden, en cambio, de un sistema transnacional, desterritorializado, de producción y difusión.*

Para ver qué pueden hacer con uno de los proyectos más fatigados - la integración regional - los presidentes latinoamericanos se reúnen dos veces en 1994, en dos ciudades emblemáticas: en junio en Cartagena de Indias con el gobierno español; en diciembre en Miami con Clinton y sin Fidel Castro.

Ya hace 500 años se hizo el primer ensayo de incluir a este continente en una economía-mundo. Al instaurar métodos homogéneos de control de trabajo para diferentes regiones se logró unificar estilos locales de producción y consumo. La cristianización de los indígenas, su alfabetización en español y portugués, el diseño colonial y luego moderno del espacio urbano, la uniformación de sistemas políticos y educacionales fueron consiguiendo uno de los procesos homogeneizadores más eficaces del planeta. Quizá con la excepción de los países árabes no existe otra zona en que un número tan grande de Estados independientes compartan un mismo

idioma, una historia, una religión predominante, y además tengan una posición más o menos conjunta, durante cinco siglos, en relación con las metrópolis.

Sin embargo, esta integración histórica contribuyó poco a impulsar un desarrollo económico consistente y a hacernos participar en forma competitiva en el intercambio mundial. En el área cultural, pese a la multiplicación de organismos integradores desde los años cincuenta (OEA, CEPAL, ALALC, etc.), ni siquiera hemos logrado establecer entre los países de América Latina formas de colaboración duradera y de conocimiento recíproco. Sigue siendo casi imposible encontrar libros centroamericanos en Montevideo, Bogotá o México. Nos enteramos por las agencias de noticias estadounidenses que films argentinos, brasileños y mexicanos ganan premios en festivales internacionales, pero eso no ayuda a que sus imágenes recorran el continente. Nuestras publicaciones, películas y obras musicales entran tan poco y tan mal a Europa y Norteamérica como nuestro acero, nuestros cereales y nuestras artesanías.

Hace dos décadas, el desarrollismo - como otras tendencias de modernización evolucionista - atribuían la desintegración y el atraso latinoamericano a los «obstáculos culturales», esas tradiciones que diferencian a cada región. Se confiaba en que nuestras sociedades, al industrializarse, lograrían modernizarse en forma homogénea y se vincularían con más fluidez. En parte, esto ocurrió: es más fácil comunicarnos a través de las redes televisivas que mediante los libros, por medio del fax que por el correo. De cualquier modo, persisten marcadas diferencias étnicas, regionales y nacionales entre los países latinoamericanos. Hoy pensamos que la modernización no va a suprimirlas. Más bien las ciencias sociales tienden a admitir la heterogeneidad de América Latina y la coexistencia de tiempos históricos diversos, que pueden articularse parcialmente pero no diluirse en algún estilo de globalización uniforme. La heterogeneidad multitemporal y multicultural no es un obstáculo a eliminar, sino un dato básico en cualquier programa de desarrollo e integración.

No obstante, los acuerdos de libre comercio que propician una mayor integración económica (TLCAN entre México, EEUU y Canadá; Mercosur; y otros convenios que se gestionan entre varios países latinoamericanos) se ocupan poco de las posibilidades y los obstáculos que colocan la creciente desintegración social y la baja integración cultural en el continente. Las políticas culturales de cada país y los intercambios con los demás se siguen trazando como si la globalización económica y las innovaciones tecnológicas no estuvieran reorganizando las identidades, las creencias, las formas de pensar lo propio y los vínculos con los otros.

### ***¿Indígenas en la globalización?***

Tal vez ayude a entender los desafíos actuales de la pluriculturalidad en el desarrollo latinoamericano, distinguir dos de sus modalidades: a) por un lado, existe la multiétnicidad; b) por otro, la multiculturalidad surgida de las formas modernas de segmentación y organización de la cultura en sociedades industrializadas. La importancia de la multiétnicidad se hace más visible en las rebeliones y movilizaciones indígenas. Pero su complejidad es insoslayable en la vida diaria: muchas ramas de nuestra economía no pueden desarrollarse sin la participación de los 30 millones de indígenas que viven en América Latina. Estos grupos poseen territorios diferenciados, lenguas propias (cuyos hablantes aumentan en algunas regiones) y hábitos de trabajo y consumo que los distinguen. La resistencia de cinco siglos de los aymara, con alrededor de dos millones y medio de personas, los mapuches con unos 700.000, los mixtecos con más de medio millón, los mayas, los nahuas y quichés con casi dos millones cada etnia, y los aproximadamente diez millones de quechuas, los mantienen como partes fundamentales de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala y México.

¿Qué representa esta multiétnicidad en los procesos de modernización e integración? Al volverse más problemática la noción misma de modernidad y evidenciarse que los modelos metropolitanos de desarrollo no son mecánicamente aplicables en América Latina, pierde fuerza la concepción de la historia que veía a las tecnologías modernas como antagónicas de las tradiciones no occidentales. De ahí que se preste más atención al papel a veces positivo de las diversidades culturales en el crecimiento económico y en las estrategias populares de subsistencia; se acepta que la solidaridad étnica y religiosa puede contribuir a la cohesión social, y que las técnicas de producción y los hábitos de consumo tradicionales sirvan como base de formas alternativas de desarrollo (Arizpe, Furtado, Stavenhagen).

Se va aceptando en algunas sociedades un cierto pluralismo étnico, modos diversos de organización económica y representación política. Algunos ejemplos: los programas de etnodesarrollo aplicados en varios países latinoamericanos, la legislación que garantiza la autonomía de los indígenas en la Costa Atlántica nicaragüense y las reformas jurídicas sobre cuestiones étnicas que actualmente se adelantan en México son indicios de un pasaje parcial del indigenismo paternalista a modalidades más autogestionarias. Pero esos ensayos de reformulación no se cumplen sin resistencia de élites racistas, que siguen viendo a las culturas indígenas como residuos anacrónicos o simples sobrevivencias de interés folclórico y turístico. Por otra parte, muchos grupos indígenas se niegan a integrarse, ni siquiera en

sociedades pluralistas, porque consideran que las etnias son «naciones en potencia», unidades políticas enteramente autónomas (Bonfil Batalla).

¿Qué posibilidades existen de que los indígenas y otras etnias sean reconocidos de un modo más justo y democrático bajo la actual modernización globalizada? La política económica neoliberal, al acentuar en la última década la pobreza y la marginación de los indígenas y mestizos, agrava la migración y el desarraigo, los enfrentamientos por tierras y por el poder político. Los conflictos interculturales y el racismo se agudizan en muchas fronteras nacionales y en todas las grandes ciudades del continente. Nunca ha sido tan necesario como ahora elaborar políticas educativas, comunicacionales y de regulación de las relaciones laborales que fomenten la convivencia democrática interétnica. En algunos países, como Perú y Colombia, el deterioro de las condiciones económicas campesinas y urbanas es uno de los principales soportes de los movimientos guerrilleros, de las alianzas entre luchas campesinas y narcotraficantes, y de otras explosiones de desintegración social. El fundamentalismo aislacionista de algunos movimientos étnicos o paraétnicos, como Sendero Luminoso, exaspera las dificultades de cualquier proyecto de integración.

Pero pese a los estallidos sociales con que sigue presentándose la interculturalidad, su problemática no puede entenderse sólo en términos de antagonismo entre dominantes y subalternos. Así como existen cambios promisorios en las políticas de algunos gobiernos, están surgiendo en grupos indígenas nuevos modos de relacionar - críticamente - sus tradiciones con la modernización. Algunos movimientos actuales que reclaman enérgicamente su autonomía cultural y política exigen a la vez que se los integre de un modo pleno al desarrollo moderno. Se apropian de los conocimientos, los recursos tecnológicos y culturales modernos. Combinan procedimientos curativos tradicionales con la medicina alopática, siguen técnicas antiguas de producción artesanal y campesina a la vez que usan créditos internacionales y computadoras. Buscan cambios democráticos autónomos en sus regiones y una integración igualitaria en las naciones modernas. Al menos en estos casos, las dificultades de la integración socioeconómica no parecen deberse principalmente a la incompatibilidad entre lo tradicional y lo moderno. Los fracasos derivan de la falta de flexibilidad de los programas de modernización, la incompreensión cultural con que se aplican, y, por supuesto, la persistencia de hábitos discriminatorios en instituciones y grupos hegemónicos (de Carvalho, Bartra). Las reformas del Estado, que se limitan a desregular servicios y subordinar responsabilidades públicas a intereses privados, están haciendo muy poco por abrir la gestión social a los múltiples estilos de vida y a las variadas formas de participación requeridas por los sectores marginados.

### ***¿Quiénes se interesan en qué integración?***

Los dilemas de la pluriculturalidad no se reducen en este fin de siglo a los conflictos multiétnicos, ni a la convivencia de regiones diversas dentro de cada nación. Las formas de pensamiento y de vida construidas en relación con territorios locales o nacionales son sólo una parte del desarrollo cultural. Por primera vez en la historia la mayoría de los bienes y mensajes que se reciben en cada nación no se han producido en su propio territorio, no surgen de relaciones peculiares de producción, ni llevan en ellos, por lo tanto, signos que los vinculen exclusivamente con regiones delimitadas. Proceden, en cambio, de un sistema transnacional, desterritorializado, de producción y difusión.

Desde los años cincuenta, la principal vía de acceso a los bienes culturales, además de la escuela, son los medios electrónicos de comunicación. En las ciudades grandes y medias entre el 80 y el 95% de los habitantes tienen radio y televisión. Según el World Communication Report de la UNESCO (1990), los países latinoamericanos transmiten en promedio más de 500.000 horas anuales de televisión, mientras las naciones latinas de Europa sólo difunden 11.000. La proporción de videocasetas en Argentina, Perú, Colombia, Venezuela y México (más de 30% de los hogares), es superior a la de Bélgica (26,3%) e Italia (16,9%) (Roncagliolo, García Canclini). En el consumo audiovisual no somos países subdesarrollados. Pero sí en la producción endógena para los medios electrónicos. Aproximadamente el 70% de las películas difundidas por la televisión, las salas de cine y los videoclubes en Argentina, Brasil, México y Venezuela provienen de EEUU. En los demás países, con menor industria comunicacional, la representación de las culturas nacionales en las propias pantallas es aún más baja, se ve muy poco de otros países latinoamericanos, y es mínima la capacidad de comunicar a los demás la propia cultura. Para entender este desacuerdo entre nuestro exuberante consumo y la raquítica producción audiovisual propia hay que analizar cómo se comportan los principales responsables de la cultura.

1. Las políticas culturales de los Estados siguen centradas en la preservación de patrimonios monumentales y folclóricos, y en promover las artes cultas que están perdiendo espectadores (plástica, teatro, música clásica). Las acciones públicas respecto de las industrias electrónicas se redujeron al privatizar radios, canales de televisión y otros circuitos de difusión masiva, en los cuales se había intentado sostener - casi siempre con poco éxito - programas artísticos e informativos que representaran la diversidad cultural.

2. En cambio, las grandes empresas privadas transnacionales (las estadounidenses, pero también Televisa y Rede Globo), se dedican desde hace décadas a los medios de comunicación más rentables y de mayor influencia. Logran así una intensa penetración en la vida familiar y se convierten en los principales organizadores del entretenimiento y la información masiva. La producción de programas recreativos por algunas empresas latinoamericanas con amplia cobertura transnacional favorece una mayor presencia de temas y estilos nacionales o «hispanoamericanos» en las pantallas domésticas: los recientes estudios de público indican que su atractivo es alto para las clases populares, mientras las personas con mayor escolaridad prefieren las series, las películas y la música estadounidense (Straubhaar, Mc. Anany-La Pastina, Martín Barbero). Pero me parece que la cuestión central hoy no es cuántos mensajes extranjeros o nacionales circulan (aunque esto sigue importando), sino el desdén o la apatía con que unos y otros programas - sean Dallas, Cristina, o Siempre en domingo tratan a las culturas minoritarias o regionales no consagradas por el folclor-mundo. Y sobre todo, la censura impuesta a los debates sobre la propia sociedad y la falta de información plural indispensable para la construcción de la ciudadanía y la integración con otros países de la región.

3. Las acciones culturales de los organismos internacionales y las impulsadas por las reuniones de ministros de cultura reproducen a escala latinoamericana la concepción de los Estados, que prioriza la alta cultura, el patrimonio monumental y folclórico. Dan preferencia a una visión preservacionista de la identidad y un enfoque de la integración basado en los bienes e instituciones culturales tradicionales. Un ejemplo: de los 67 proyectos reconocidos por la UNESCO como actividades del «Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural» en América Latina, en el bienio 1990-91, 28 versaron sobre preservación del patrimonio cultural, 17 sobre la participación en la vida cultural y el desarrollo, 10 sobre la dimensión cultural del desarrollo, 8 sobre el estímulo a la creación y a la actividad en el campo de las artes, 3 sobre la relación entre cultura, ciencia y tecnología, y sólo 1 se refiere a los medios de comunicación masivos (Calderón-Hopenhayn).

Algunos gobiernos latinoamericanos firmaron acuerdos recientes para que las aduanas aligeren los intercambios de libros, obras de arte y antigüedades. También se crearon programas de cooperación, entre los que cabe destacar la Biblioteca Ayacucho y la Biblioteca Popular de Latinoamérica y el Caribe, la serie Periolibros de suplementos periodísticos con obras de prominentes escritores y artistas plásticos, la decisión de crear un Fondo Latinoamericano de las Artes y otro para el Desarrollo de la Cultura, Cátedras Latinoamericanas y Casas de la Cultura Latinoamericana y Caribeña en cada país. Todos estos son claros avances en el conoci-

miento recíproco de las naciones del continente. Pero tales medidas se limitan al campo de la alta cultura escrita y a las artes plásticas y musicales «clásicas». En tanto, los estudios del consumo cultural en grandes ciudades latinoamericanas realizados por el Grupo de Políticas Culturales de CLACSO, revelan que el sector vinculado con estas manifestaciones consideradas en las políticas oficiales no supera el 10% de la población (Catalán-Sunkel, García Canclini, Landi). Sin duda, es necesario expandir aún más el apoyo a la literatura y a las artes no industrializadas, pero a fines del siglo XX no parece convincente decir que estamos promoviendo el desarrollo y la integración cultural si carecemos de políticas públicas para los medios masivos en los que se informa y se entretiene el 90% de los habitantes del continente.

4. Por otros circuitos, los de ONGs y de artistas y comunicadores independientes, también se movilizan recursos culturales, desde los tradicionales saberes artesanales hasta programas radiales y videos. Con escasos fondos locales y mucho trabajo gratuito, a veces con subsidios de universidades y de fundaciones internacionales, se vienen haciendo festivales, exposiciones y talleres, redes de programas audiovisuales alternativos, revistas y libros en los que se documenta el desarrollo cultural. Según un registro del Instituto para América Latina, hay más de cinco mil grupos de educación, producción cultural y comunicación independiente en nuestra región. Valoramos sus aportes para la formación y organización de sectores populares en defensa de sus derechos, para documentar sus condiciones de vida y su producción cultural. Pero sus acciones son de alcance local y no pueden actuar como sustitutos de lo que los Estados no hacen. Estos grupos independientes casi nunca llegan a los escenarios massmediáticos para influir sobre los hábitos culturales y el pensamiento de las mayorías.

La desarticulación entre los Estados, las empresas y los organismos independientes fomenta que, en vez de un desarrollo multicultural representativo de los países latinoamericanos, se acentúe la segmentación y la desigualdad en los consumos, se empobrezca la producción endógena y su papel en la integración internacional. En los últimos años la reducción de las inversiones públicas y las débiles acciones privadas nos colocan ante esta paradoja: se promueve mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis cuando producimos menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que tenemos menos para intercambiar y el deterioro de los salarios achica el consumo de las mayorías.

La situación es aún más dramática en el campo de las tecnologías avanzadas y las autopistas de la comunicación: satélites, computadoras, fax y los demás medios que suministran la información para tomar decisiones e innovar. La subordinación de los países latinoamericanos se agudizará al eliminar los acuerdos de libre comercio los aranceles a la producción extranjera y los pocos subsidios al desarrollo tecnológico local. Una mayor dependencia cultural y científica en las tecnologías comunicacionales de punta, que requieren altas inversiones financieras, y a la vez generan innovaciones más rápidas, nos volverá más vulnerables a los capitales transnacionales y a orientaciones culturales generadas fuera de la región. En ésta área la multiculturalidad procede no tanto de tradiciones históricas diversas sino de la estratificación engendrada por el desigual acceso de los países y de los sectores internos de cada sociedad a los medios avanzados de comunicación.

¿Cuál puede ser en el futuro la presencia en el mercado internacional y la capacidad de autogestión de un continente como el latinoamericano, con una población que supera el 8% de la población mundial, mientras sólo participa con el 6% del producto interno bruto del planeta, el 3,2% de la producción de bienes de capital, 2,5% de los ingenieros y científicos que trabajan en Investigación y Desarrollo (I-D) y 1,8% de los recursos gastados mundialmente en este mismo campo? (CEPAL-UNESCO-ORLEAC).

### ***Integración cultural en tiempos de libre comercio***

La integración pluricultural de América Latina y el Caribe requiere reformas constitucionales y políticas que garanticen los derechos de los diversos grupos en las actuales condiciones de globalización, promuevan la comprensión y el respeto de las diferencias en la educación y en las interacciones tradicionales. Pero es responsabilidad de los organismos públicos desarrollar también programas que faciliten la información y el conocimiento recíproco en las industrias culturales que comuniquen masivamente a los pueblos y a los diferentes sectores dentro de cada pueblo: la radio, la TV, el cine y el video.

Deben encararse políticas tendientes a formar un espacio audiovisual latinoamericano. En una época en que las películas, el video, los discos y otras formas industriales de comunicación no pueden recuperar sus altos costos circulando sólo dentro del propio país, la integración latinoamericana es un recurso indispensable para extender los mercados y hacer posible la producción propia. Señaló tres propuestas que ejemplifican lo que podría ser esta política:



a) Formar mercados comunes latinoamericanos de libros, revistas, cine, televisión, y video, con medidas concretas que fomenten las producciones y favorezcan la libre circulación de los bienes culturales. (Los pasos dados en este sentido, más declarativos que prácticos, evidencian la necesidad de diagnósticos más finos sobre los hábitos de consumo de los países latinoamericanos y de políticas públicas más decididas.)

b) Fijar cuotas mínimas de tiempo de pantalla, de emisión de radio y de otros bienes culturales latinoamericanos en cada país de la región (nótese que no sugerimos reincidir en la estrecha política que fijaba 50% para la música y el cine nacionales; esta nueva sugerencia se inspira en la ley establecida por España en diciembre de 1993 que, tomando en cuenta las condiciones regionales de producción y circulación, establece que los cines de ciudades con más de 125.000 habitantes deben proyectar un 30% de cine europeo). La promoción de un mercado latinoamericano de bienes culturales será ineficaz si no se acompaña con medidas que protejan esa producción en la circulación y el consumo.

c) Crear un Fondo Latinoamericano de Producción y Difusión Audiovisual. Su papel sería aportar financiamientos parciales para producciones de cine, televisión y video, coordinar ágilmente a los organismos estatales, empresariales y asociativos, imaginar nuevos canales de distribución (circuitos de videotecas, programas culturales de alta calidad y atracción masiva para las televisoras nacionales y regionales, una señal de cable latinoamericano, etc.) (Garretón, Litfín).

Los acuerdos de libre comercio cultural no deben realizar una apertura indiscriminada, sino tomando en cuenta los desiguales desarrollos de los sistemas nacionales, así como la protección de los derechos de producción, comunicación y consumo de las etnias y los grupos minoritarios. Es necesario regular la participación de capital extranjero, incluso de los países latinoamericanos más poderosos, o de transnacionales con sede en la región, a fin de evitar que las corporaciones monopólicas ahoguen las industrias culturales de los países más débiles. Pero más que restricciones, es preciso buscar convenios de colaboración que equilibren las relaciones entre los «países netamente exportadores (Brasil, México), incipientemente exportadores (Argentina, Chile, Venezuela), y netamente importadores (el resto)» (Roncagliolo).

Dentro de cada nación, sólo puede esperarse un desarrollo multicultural democrático si se establecen condiciones favorables para la expansión de radios y televisoras regionales, de grupos étnicos y minorías, o, al menos, tiempos de programación en que puedan expresarse diferentes culturas, sujetándose más al interés público colectivo que a la rentabilidad mercantil.

Para promover tales políticas hay que reformular el papel del Estado y de la sociedad civil como representantes del interés público. Se ha dicho que es necesario acabar con los sobreprotectores Estados populistas para reducir riesgos centralistas, clientelistas y de corrupción burocrática. Pero luego de una década de privatizaciones no vemos que las empresas privadas hagan funcionar mejor los teléfonos, ni las aerolíneas, ni eleven la calidad de los programas en las radios y televisoras. Más que encerrarnos en el dilema Estado vs. mercado, hay que concebir políticas que coordinen a los diversos actores participantes en la generación e intermediación cultural.

No se trata de restaurar al Estado propietario, sino de repensar el papel del Estado como árbitro o garante de que las necesidades colectivas de información, recreación e innovación no sean subordinadas siempre al lucro. Para superar los riesgos del intervencionismo estatal y la frívola homogeneización del mercado sobre las culturas es necesario salir de la opción entre uno y otro dando espacios para que surjan múltiples iniciativas de la sociedad civil: movimientos sociales, grupos artísticos, radios, televisoras independientes, sindicatos, agrupamientos étnicos, asociaciones de consumidores, de radioescuchas y televidentes. Sólo la multiplicación de actores puede favorecer el desarrollo cultural democrático y la representación de múltiples identidades. El nuevo papel de los Estados y de los organismos internacionales (UNESCO, OEA, SELA, ALADI, etc.) consistiría en reconstruir el espacio público, entendido como lo colectivo multicultural, para que en él los diversos agentes (los propios Estados, las empresas y los grupos independientes) negocien acuerdos que desarrollen los intereses públicos.

¿Entrarán estas cuestiones en la agenda de las reuniones de presidentes iberoamericanos de junio en Cartagena y de diciembre en Miami, así como en los debates electorales y los cambios de gobiernos que ocurrirán este año en Brasil, Uruguay, Venezuela, Colombia, Ecuador, República Dominicana, Panamá y México? Preguntar si la integración cultural formará parte de la agenda es preguntar por la eficacia de los acuerdos de integración económica. Pero es también interrogarnos acerca de si la integración será de las sociedades o sólo de los empresarios.

### **Referencias**

\*ALADI, 3ERA. REUNION DE LA COMISION MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO. - San José de Costa Rica, Costa Rica. 1994; Garretón, Manuel A. -- La Dimensión Cultural de la Integración.

\*ALADI, 3ERA. REUNION DE LA COMISION MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO. - San José de Costa Rica, Costa Rica. 1994; El Mercado Común de bienes y servicios culturales.

- \*Arizpe, Lourdes, ESTUDIOS SOCIOLOGICOS. II,4 - 1984; Pluralismo cultural y desarrollo social en América Latina: elementos para una discusión.
- \*Bartra, Roger, OFICIO MEXICANO. - México, Grijalbo. 1993; Educación y desarrollo en América Latina y el Caribe: Tendencias Emergentes y líneas estratégicas de acción.
- \*Bonfil-Batalla, Guillermo, HACIA NUEVOS MODELOS DE RELACIONES INTERCULTURALES. - México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1993; Consumo cultural en Chile: La élite, lo masivo y lo popular.
- \*Bruner, José Joaquín, AMERICA LATINA: CULTURA Y MODERNIDAD. - México, Grijalbo. 1992; O Lugar da cultura tradicional na sociedade moderna.
- \*Calderón, Fernando; Hopenhayn, Martín, 3ERA. REUNION DE LA COMISION MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO. - San José de Costa Rica, Costa Rica. 1994; Políticas, Finanzamientos e industrias culturales en América Latina y el Caribe.
- \*Catalán, Carlos; Sunkel, Simón, DOCUMENTO DE TRABAJO FLACSO. 455 - 1990; Públicos y consumos culturales de Buenos Aires.
- \*De Carvalho, José Jorge, SERIE ANTROPOLOGICA. 77 - Fundación Universidad de Brasilia. 1989; Carta a los Ministros Responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe.
- \*García-Canclini, Néstor, EL CONSUMO CULTURAL EN MEXICO. - México, Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1993; Telenovela Audiences: A review and Metodological Critique of Latin America Research.
- \*Garretón, Manuel A., 3ERA. REUNION DE LA COMISION MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO. - San José de Costa Rica, Costa Rica. 1994; Más allá del imperialismo de los medios. Interdependencia asimétrica y proximidad cultural.
- \*Landi, Oscar; Vacchieri, A.; Quevedo, L. A., DOCUMENTOS CEDES. 32 - 1990;
- \*Litin, Miguel, 3ERA. REUNION DE LA COMISION MUNDIAL DE CULTURA Y DESARROLLO. - San José de Costa Rica, Costa Rica. 1994;
- \*McAnany, Emile; La Pastina, Antonio C., PONENCIA PRESENTADA AL XVIII CONGRESO DE LASA. - Atlanta, EEUU. 1994;
- \*Barbero, Jesús Martín, DE LOS MEDIOS A LAS MEDIACIONES. - México, G. Gili. 1987;
- \*Roncagliolo, Rafael, PROPUESTAS SOBRE INTEGRACION EN EL COMPLEJO SECTORIAL AUDIOVISUAL. - 1993;
- \*Stavenhagen, Rodolfo; Nolasco, Margarita, POLITICA CULTURAL PARA UN PAIS MULTITETNICO. - México, Universidad de las Naciones Unidas. 1988;
- \*Straubhaar, Joseph D., COMUNICACION Y SOCIEDAD. 18-19 - Guadalajara, México. 1993.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 133, Septiembre- Octubre de 1994, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.